

¡Azotemos a los pobres!

Charles Baudelaire
Traducción de Juan Zapata

Durante quince días me confiné en mi cuarto y me rodeé de libros a la moda en aquel tiempo (hace dieciséis o diecisiete años); me refiero a los libros en los que se trata del arte de hacer a los pueblos dichosos, sabios y ricos en veinticuatro horas. Ya había yo digerido —tragado, quiero decir— las elucubraciones de todos esos empresarios de la felicidad pública —de esos que aconsejan a los pobres a hacerse esclavos y de aquellos que los persuaden de que son todos reyes destronados—. A nadie le parecerá sorprendente que estuviera entonces en un estado de ánimo cercano al vértigo o a la estupidez.

Me pareció entonces que sentía, confinado en el fondo de mi intelecto, el germen oscuro de una idea superior a todos los remedios caseros cuyo diccionario había recorrido recientemente. Pero era nada más la idea de una idea, algo infinitamente vago.

Y salí con una gran sed. Porque el gusto apasionado por las malas lecturas engendra proporcionalmente una necesidad de aire libre y bebidas refrescantes.

Cuando iba a entrar en un cabaret, un mendigo me tendió su sombrero con una de esas miradas inolvidables que derrumbarían tronos si el espíritu agitara la materia o si el ojo de un magnetizador hiciera madurar los racimos.

Al mismo tiempo, oí una voz que me murmuraba al oído, una voz que reconocí muy bien; era la de un buen Ángel o la de un buen Demonio, que me acompaña siempre. Ya que Sócrates tenía su buen Demonio, ¿por qué no habría yo de tener mi buen Ángel, y por qué no

habría yo de tener el honor, como Sócrates, de obtener mi certificado de locura, firmado por el sutil Lélut y el docto Baillarger?

Existe la diferencia, entre el Demonio de Sócrates y el mío, que el de Sócrates no se manifiesta sino para prohibir, advertir, impedir, mientras que el mío se digna a aconsejar, sugerir, persuadir. El pobre Sócrates no tenía sino un Demonio prohibicionista; el mío es un Demonio de acción, un Demonio de combate.

Y su voz me cuchicheaba lo siguiente: “si aquel es el igual de otro, que lo compruebe, y si aquel es digno de la libertad, que la conquiste”.

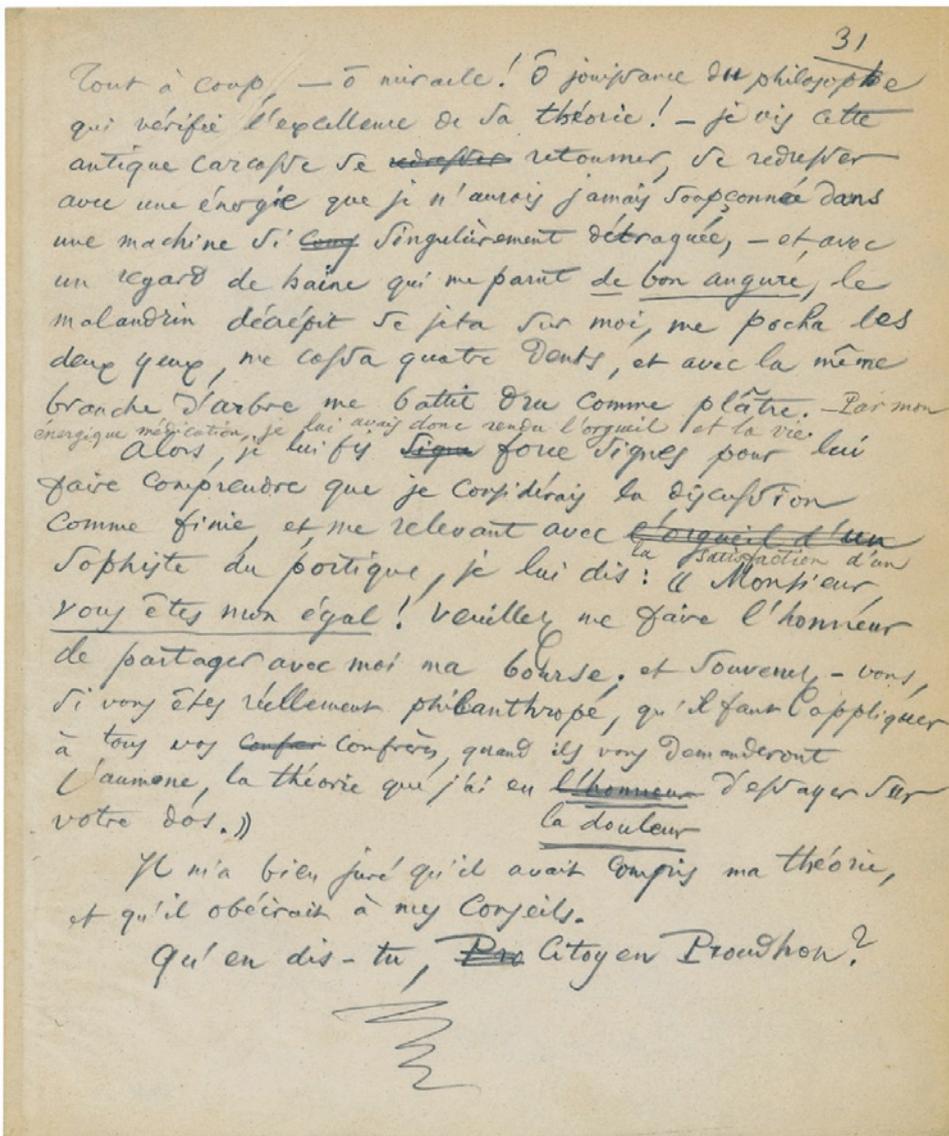
Inmediatamente salté sobre mi mendigo. De un solo puñetazo le cerré un ojo que, en un segundo, se le puso del tamaño de una pelota. Me quebré una uña al romperle dos dientes y, como no me sentía muy fuerte, habiendo nacido delicado y no estando ejercitado en el boxeo, para acabar rápidamente con ese vejatorio lo atrapé con una mano del cuello de su traje y con la otra le empuñé la garganta y me puse a sacudirle vigorosamente la cabeza contra un muro. Debo confesar que había inspeccionado previamente los alrededores y verificado que en aquel barrio desierto me encontraba, por un buen tiempo, fuera del alcance de cualquier agente de policía.

Enseguida, con un puntapié en la espalda, lo bastante enérgico como para romperle los omoplatos, tiré al suelo a aquel sexagenario debilitado, me apoderé de una gruesa rama de árbol que se arrastraba por tierra y lo azoté con la energía obstinada de los cocineros que quieren ablandar un bistec.

De pronto — ¡Oh, milagro, oh regocijo del filósofo que verifica la excelencia de su teoría! —. Vi esa antigua carcasa enderezarse con una energía que no habría sospechado nunca en una máquina tan singularmente descompuesta, y con una mirada de odio que me pareció de *buen augurio*, el malandrín decrepito se arrojó sobre mí, me pinchó los dos ojos, me rompió cuatro dientes, y con la misma rama de árbol me vapuleó como a un yeso. Gracias a mi enérgica medicación le había, pues, devuelto el orgullo y la vida.

Entonces, le hice muchas señas para darle a entender que consideraba la discusión terminada, y levantándome con la satisfacción de un sofista del Pórtico, le dije: “Señor, *usted es mi igual*. Hágame el honor de compartir conmigo mi bolsa; y recuerde, si usted es verdaderamente filántropo, que debe aplicar a todos sus cofrades, cuando le pidan limosna, la teoría que he tenido el *dolor* de probar sobre su espalda”.

Y me juró que había comprendido muy bien mi teoría, y que obedecería mis consejos.



Última página del manuscrito de “Azotemos a los pobres”. Antigua colección Armand Godoy. Reproducción facsímil del manuscrito publicado en *Le manuscrit autographe*, número especial consagrado a Baudelaire, París, Blaziot, 1927.